

CAPÍTULO X

DE LAS JORNADAS DE ABRIL DE 1952 HASTA NUESTROS DIAS

1

VICTOR PAZ E., PRISIONERO DE LAS MASAS

En abril de 1952 se abre la perspectiva histórica que dura hasta hoy: amenaza de que las masas tomen en sus manos el poder y los problemas nacionales y sociales para resolverlos a su modo, lo que ciertamente no podría menos que convertir al proletariado en clase gobernante.

De esta manera, la sombra de la "Tesis de Pulacayo" se proyectó sobre todas las etapas posteriores a las jornadas heroicas de abril de 1952.

Lo sucedido en la lucha de abril importó un rudo golpe asestado a la rosca minera y al gamonalismo. La puesta en pie de combate de las multitudes campesinas constituyó un hito que marcó un franco viraje de nuestra historia en busca de la solución de los problemas fundamentales del país, sin embargo, la lucha de clases no fue cancelada o superada como esperaban que sucediese los nacionalistas proburqueses; contrariamente, el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario se movió difícilmente bajo la presión de las luchas de las clases sociales nativas y del imperialismo. Esos intereses contrapuestos no tardaron en expresarse en el interior del partido de gobierno; en su seno se perfilaron con nitidez tres corrientes: el ala izquierda u obrerista lechinismo, fuertemente entroncada en las masas radicalizadas y obligada a expresar los intereses de éstas (ciertamente que lo hizo de una manera por demás deformada); el ala derecha (conspiradores del 6 de enero, el mismo Hernán Siles, considerado el segundo hombre del movimientismo), que se empeñaba en eliminar a la izquierda, aplastar a las masas, todas ellas catalogadas como comunistas, y en permitir el desarrollo del esquema nacionalista con el directo apoyo del imperialismo; en fin, el ala centrista (Víctor Paz Estenssoro) que sobrevivió oscilando sin tregua entre los polos la derecha y la izquierda, apoyándose en uno y otro sector, aunque dando siempre la idea de su identificación con el movimiento popular, esto mientras se dio modos para ganarse la confianza del imperialismo y entonces aparece como testaferro de Washington.

La conspiración del 6 de enero de 1953 pretendió resolver radicalmente este problema: buscó francamente extirpar del poder a la izquierda, aplastar a las masas e imprimir una abierta orientación de derecha al gobierno. Los hechos demostraron que las condiciones políticas no habían madurado para hacer posible el golpe preventivo.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario llegó al poder, al Palacio Quemado, con traje prestado: las masas le impusieron autoritariamente sus reivindicaciones que enraizaban abiertamente en la "Tesis de Pulacayo", documento temible para rosqueros, imperialistas, nacionalistas proburqueses, etc.; su empuje obligó al gobierno a "realizarlas" a su modo, demagógicamente, es decir, a tomar los rótulos, vaciarlos de contenido revolucionario para llenarlos con material reaccionario y conservador.

Eso sucedió con la nacionalización de las minas, que fue realizada de una manera burguesa, pagando indemnización a los explotadores (comprándolas) y prácticamente dando las espaldas a la clase proletaria (a eso condujo el control obrero individual); con la reforma agraria reaccionaria, destinada a hacer retroceder a los campesinos de las posiciones que habían ocupado mediante la acción directa, a poner a salvo parte de los derechos del gamonalismo, de quienes pudiesen demostrar haber hecho una inversión capitalista en el agro, etc.: con el voto universal, cuyo decreto condenó a la semiciudadanía a la masa campesina, etc.

Lo que no tiene que olvidarse es que el Movimiento Nacionalista Revolucionario pretendió consumir la revolución democrática burguesa, el desarrollo capitalista pleno e independiente, razón por la que mereció el apoyo delirante del recién nacido Partido Comunista de Bolivia, de los piristas y de la izquierda en general, si se exceptúa al Partido Obrero Revolucionario. Esta última organización dejó sentado, antes de 1952, durante este año crucial y después, que el movimientismo, por su contenido de clase

y pese a su histeria antiyanquí, estaba condenado a postrarse de hinojos ante la metrópoli opresora; también en Bolivia el proletariado, no bien se incorporó en sus propios pies y enarboló su estandarte de combate, amenazó con acabar con la gran propiedad privada, con la burguesía nativa y con la metrópoli opresora, de esta manera estaba llamado a empujar al nacionalismo movimientista hacia las trincheras imperialistas. El pronóstico ha sido ratificado con creces por la historia.

Para el trotskismo fortalecido, los obreros solamente estaban de paso por el Movimiento Nacionalista Revolucionario y tarde o temprano tendrían que buscar y encontrar su propio camino, al Partido Obrero Revolucionario. Este proceso no podría menos que darse, de la misma manera que la diferenciación política entre las posiciones sustentadas por el oficialismo y las enarboladas por los explotados.

Ni duda cabe que la esencia de la ideología del Movimiento Nacionalista Revolucionario es la misma que la del stalinismo (PCB): inevitabilidad de la revolución democrática timoneada por la "burguesía revolucionaria", en el mejor de los casos como paso preparatorio, pero imprescindible, hacia la revolución socialista. No es obra de la casualidad que el movimientismo hubiese acabado como partido de grandes empresarios mineros, engranajes del imperialismo, particularmente del norteamericano. Ya no es posible encontrar diferencias entre la política desarrollada por las transnacionales y la desarrollada por los nacionalistas criollos de todas las gamas.

La historia sindical posterior no ha sido otra cosa que la materialización de esta tendencia, que se ha dado a través de avances y retrocesos, de manera contradictoria pero inevitable y sepultando la demagogia movimientista del pasado.

2

LA CENTRAL OBRERA BOLIVIANA

La Central Obrera Boliviana fue organizada el 17 de abril de 1952, siguiendo la línea trazada por la Central Obrera Nacional frustrada y por la "Tesis de Pulacayo" principalmente, declarada programa de la nueva organización. Los primeros números de "Rebelión", el vocero periodístico oficial de la Central Obrera Boliviana, no hicieron otra cosa que proyectar hacia el presente y el futuro la política contenida en las luchas sindicales anteriores.

Esta vez, la Central Obrera Boliviana fue impuesta por los trabajadores y de una manera casi natural, sin esperar la venia ni el auspicio del gobierno del momento. Las masas, que se sentían dueñas de la situación, se limitaron a imponer su voluntad, a dotarse de un particular canal de movilización y de expresión de sus intereses.

Todos estaban seguros de haber puesto en pie una central sindical obrera y, en realidad, la radicalización extrema de las masas y la situación política imperante determinaron el nacimiento de una organización de otra naturaleza, de rasgos marcadamente soviético, de un verdadero órgano de poder. El veloz desarrollo de los acontecimientos políticos y la extrema tensión de la lucha de clases, pudieron más que todos los esquemas organizativos. Sin embargo, se materializó una de las ideas centrales que se venía agitando desde la aprobación de la "Tesis de Pulacayo": la reestructuración de los sindicatos bajo la dirección, estrategia de formas organizativas del proletariado.

La Central Obrera Boliviana no fue, al menos en sus primeros momentos, estricta y limitadamente obrera, pues se concentraron en su seno todos los sectores de la nación oprimida por el imperialismo que pudieron darse alguna forma de organización en ese mundo en ebullición: estaban los campesinos, los estudiantes, los inquilinos, los comerciantes, los artesanos, los viajeros a la frontera (protagonistas del contrabando hormiga), los familiares de los heridos en la revolución, los carabineros, los desocupados, los artistas, empleados públicos, etc. Este vasto soviético adquirió la forma de un frente de clases, de un frente antiimperialista. El sindicato hemos indicado es el frente único de la clase, ahora era la forma sindical fue algo más.

El asalariado se encaminó a poner en pie una central sindical con características proletarias, de organismo de resistencia y de canal capaz de permitir una poderosa movilización de masas. Pero, los que trabajaban por cuenta propia, los comerciantes, los carabineros, etc, que no percibían salario y que en alguna forma

soportaban los abusos de las autoridades, estaban seguros que la Central Obrera Boliviana nacía para defenderlos, para asegurarles buenas ganancias, para dirigirlos, para que sea centro de deliberación, de toma y ejecución de decisiones, sin darse cuenta estaban contribuyendo a la estructuración de un órgano de poder, de un gobierno en germen de las masas, que en las condiciones excepcionales imperantes no podía menos que enfrentarse con el gobierno oficial y aplastarlo.

De las jornadas de abril de 1952, los explotados, que asestaron el golpe de gracia al ejército y lo aplastaron, emergieron con sus armas; por eso, la Central Obrera Boliviana flamante apareció naturalmente armada en un país en el que los tradicionales organismos de compulsión del Estado feudalburgués se encontraban virtualmente en desbande.

La dualidad de poderes entre la Central Obrera Boliviana y el gobierno central quedó planteada desde el primer momento de manera espontánea, pese a que el presidente oficial, Víctor Paz Estenssoro, se esmeraba en hacer entender que su decisión no era otra que ejecutar las decisiones de la Central Obrera nacía. La Central Obrera Boliviana de la primera época funcionó como un foro importante de discusiones, cuyos acuerdos estaban destinados a imponerse por la misma fuerza de la nueva organización que, rindiendo homenaje a la tradición, a todos se les antojaba sindical. Pero, cuando se trataba de leyes y decretos esta realidad se distorsionaba.

Los obreros habían impuesto a sus ministros en el gabinete del presidente movimientista y correspondía a las organizaciones obreras su designación. La Central Obrera Boliviana decidió que los ministros obreros estaban bajo su control y que las resoluciones de las asambleas tenían el carácter de mandato imperativo. Todo este mecanismo que no pudo funcionar debidamente era el producto de los buenos deseos, pero no correspondía a la composición ni a las tendencias políticas que se agitaban en la nueva organización.

La dirección de la Central Obrera Boliviana, que en alguna forma se fue configurando en las luchas pasadas, resultó dominada, al menos numéricamente, por los militantes de la izquierda movimientista (lechinismo). Este grupo, sobre todo sindicalista, es una de las raíces más lejanas de la actual burocracia cobista. Dicha dirección discutía interminablemente en las asambleas y recibía el correspondiente mandato, pero en el gabinete casi siempre estampaba su firma al pie de disposiciones gubernamentales que contrariaban la voluntad y decisiones cobistas. Eso sucedió, por ejemplo, en el caso de la reforma agraria. No podía funcionar el mecanismo de control porque gradualmente la tendencia política movimientista se tornó mayoritaria y debido a que contaba con el apoyo incondicional del Partido Comunista de Bolivia y de otros grupos. En la práctica todo lo que hacían los dirigentes se daba por bien hecho. Es sugestivo que solamente los militantes poristas se daban cuenta que estaba presente la dualidad de poderes.

La dualidad de poderes fue definiéndose gradualmente a favor del gobierno movimientista debido a que la clase obrera ingresó a un período de momentánea depresión, esto después de decretada la nacionalización de las minas (octubre de 1952) y porque los movimientistas vieron aumentar numéricamente sus fuerzas en el seno de la Central Obrera Boliviana, sobre todo con el ingreso de delegados de empleados públicos (casi todos ellos autoridades de jerarquía). Hay que subrayar que ideológicamente seguía dominando la minoría porista. De este proceso emergió fortalecido Víctor Paz Estenssoro, a la larga se fortaleció a costa de la izquierda, aunque inicialmente se nutrió con los despojos del ala derechista del movimientismo.

El órgano de poder de los momentos iniciales acabó como instrumento del oficialismo. Simultáneamente a este proceso se fue burocratizando y el movimientismo logró en su seno una gran fuerza numérica. El primer congreso cobista, deliberadamente postergado por la dirección hasta 1954, aprobó un documento que se apartaba totalmente de la "Tesis de Pulacayo" (primer programa cobista) y que se identificaba con la revolución nacional, es decir, con la revolución democrático-burguesa. Víctor Paz Estenssoro fue declarado "Emancipador económico de Bolivia", se logró impedir el ingreso de los poristas a las deliberaciones y lograron burlar vigilancia algunos militantes no conocidos, etc.

Algunos piensan que la Central Obrera Boliviana es una dirección política, un verdadero partido que timonea todo el proceso de la lucha de clases; la verdad es que, como demuestra la historia, sus tremendas oscilaciones no son más que el reflejo de la cambiante situación política. La Central Obrera Boliviana es instrumento no dirección.

3

VIRAJE PRO-IMPERIALISTA DEL NACIONALISMO

A Víctor Paz Estenssoro le correspondió ganar la confianza de la metrópoli opresora, pero el viraje franco de todo el Movimiento Nacionalista Revolucionario hacia las posiciones francamente pro-imperialistas se consumó bajo el comando político de Hernán Siles Zuazo, conocido elemento de derecha. Desde el poder (1956-60) cumplió un plan de estabilización dictado por los norteamericanos y ejecutado abiertamente en contra de los intereses de los trabajadores y de la mayoría del país. Para cumplir sus proyectos antipopulares, antinacionales y antiobreros, no tuvo el menor reparo en propiciar la destrucción de la Central Obrera Boliviana y de los sindicatos que realizaban una política revolucionaria, a fin de poder sustituirlos con instrumentos dóciles en manos del oficialismo. Desarrolló una teoría de los sindicatos estatizados, cuyo eje central era la eliminación de las huelgas porque los trabajadores ya estaban en el poder, etc. Más tarde, durante el gobierno de la Unidad Democrática y Popular, Hernán Siles pretendió inútilmente rectificar esa conducta.

Esta actitud del silismo no pudo menos que impulsar el proceso de diferenciación política entre el nacionalismo y los trabajadores, que, sin embargo, se dio de una manera contradictoria: el choque entre el silismo y el ala izquierdista del Movimiento Nacionalista Revolucionario (lechinismo) concluyó fortaleciendo a esta última tendencia en el campo sindical, esto de manera inevitable, fenómeno que concluyó obstaculizando la debida estructuración de la vanguardia revolucionaria de la clase obrera. El movimiento obrero en franca pugna con el silismo apareció desmovimentizado. La vanguardia ocupó posiciones que estaban ubicadas mucho más allá de las expresiones más radicalizadas del Movimiento Nacionalista Revolucionario.

La ruptura de las masas con el gobierno movimientista vio tardó en traducirse en crisis internas del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que se escisionó por la derecha y por la izquierda. Los trabajadores no se encaminaron directamente a su partido, tuvieron previamente que vivir la experiencia de las escisiones y contradicciones del nacionalismo. De todas maneras, la diferenciación política con el Movimiento Nacionalista Revolucionario importó un retorno a los planteamientos fundamentales de la "Tesis de Pulacayo".

Desde ese momento la suerte de los gobiernos movimientistas estuvo librada a la protección imperialista (en 1952 lo que contaba era el apoyo de las masas), en función a que aquellos pudiesen o no controlar y embridar a la mayoría nacional que ya empezó a recorrer el camino del descontento, uno de los factores fundamentales para imponer la estabilidad y paz sociales. Siles fue un agente incondicional de los norteamericanos, pero se agotó como factor estrangulador de la mayoría del país.

Víctor Paz Estenssoro pretendió rectificar la extrema derechización de Siles, que al Movimiento Nacionalista Revolucionario le costó la sistemática oposición de los trabajadores; sin embargo, el proceso de diferenciación política al que nos hemos referido más arriba continuó en marcha. El movimientismo civil y democratizante, que jugaba con la amenaza, el halago y los acuerdos en su afán de contener el empuje de los explotados, resultó totalmente superado. El imperialismo jugó a otras formas de gobierno.

4

IRRUPCIÓN DEL GORILISMO

Los Estados Unidos impusieron la reinstalación del ejército por considerar que no podía esperarse la estabilidad política y jurídica en un país cuyos habitantes eran poseedores de las armas. Los ejecutores de las órdenes imperialistas fueron Paz, Siles y Lechín. El Movimiento Nacionalista Revolucionario estaba seguro de que el "nuevo ejército de obreros y campesinos" no sería otra cosa que su sostén, razón por la que procedió a su politización y a la organización de "células militares del movimientismo". Casi de una manera natural, las tendencias derechistas fueron generándose en dicho partido político y cuyo fortalecimiento era cada día más evidente en la medida en que seguía un camino diferente al de las masas que se radicalizaban, se encarnaron en las células militares, que en cierto momento se convirtieron en el semillero del gorilismo.

Cuando hubo necesidad de sustituir al nacionalismo civil y democratizante por el nacionalismo de corte fascista, totalitario y gorila, el Pentágono se limitó a potenciar a los líderes de las células militares del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Ese fue el trasfondo del golpe de Estado de noviembre de 1964, que dio fin al tercer gobierno de Víctor Paz.

El golpe de mano de la potencia norteamericana obligó a los políticos nacionalistas a reubicarse en el esquema imperialista, pero no a las masas que siguieron su propio camino y no pudieron menos que rechazar al imperialismo y a sus sirvientes nativos. Los mineros se ubicaron, desde el primer momento, en la primera línea para combatir al gorilismo. Los políticos profesionales actuaron de otra manera. Hernán Siles Zuazo, Juan Lechín y otros nacionalistas proburgueses se aproximaron osadamente a la más negra reacción, a fin de poder constituir una amplia base de sustentación política para los gobiernos militares. El nacionalismo de izquierda apoyó francamente al fascismo.

La resistencia al gorilismo nació en los medios obreros y se desarrolló sin tregua. Los trabajadores mineros se apresuraron a poner en pie a los sindicatos clandestinos para seguir dirigiendo la lucha de las masas.

Las sucesivas puestas en vigencia de las garantías democráticas fueron el resultado de la lucha de los explotados. La actividad plena de los sindicatos no podía menos que suponer el imperio, de hecho o legal, de esas garantías democráticas.

5

EL CAMINO HACIA LA ASAMBLEA POPULAR

La evolución política anti-burguesa de la clase obrera, que de manera persistente se fue convirtiendo del caudillo de la mayoría nacional, encuentra su punto más elevado en la constitución de la Asamblea Popular.

Los explotados no dubitaron en dar las espaldas a un gobierno militar nacionalista de orientación izquierdista como fue el del general Torres. Únicamente así pudieron constituir su propio órgano de poder y proyectarse hacia la conquista del poder político en su integridad.

Se puede decir que la Asamblea Popular fue un germen de gobierno obrero, pero lo importante radica en que señaló cual es el camino que deben seguir los explotados para convertirse en gobierno.

Se trató de un importantísimo proyecto, de una tendencia que se vio violentamente interferido por el golpe preventivo del gorilismo de agosto de 1971. Le faltó desarrollarse totalmente e inclusive no se dio la movilización de masas en toda su profundidad. Estuvieron ausentes los sectores campesinos mayoritarios y la escisión dentro de las fuerzas armadas apenas si se dibujó.

No cabe la menor duda de que en el futuro las masas recorrerán el camino de la Asamblea Popular, se convertirán en gobierno usando los órganos de poder forjados en la lucha, importando poco el nombre que tengan.

6

LA LUCHA POSTERIOR

La lucha contra los gobiernos gorilas de Banzer, Barrientos, etc., ha estado centrada alrededor de la reconquista de las garantías democráticas, lo que ha obligado a las masas a desplazarse hacia las trincheras burguesas. Esta lucha se presentó como inevitable y también recorrió ese camino el juego a las elecciones.

Lo que tiene que subrayarse es que los partidos políticos de izquierda cumplieron a plenitud ese desplazamiento hacia las posiciones democratizantes burguesas; sustituyeron su anterior prédica con

las finalidades estratégicas de la propia burguesía democratizante, lo que supone que cambiaron de contenido de clase, se convirtieron en partidos obreros burgueses. Este fenómeno resultó irreversible, hay que recalcar que la historia enseña que organizaciones políticas que actúan así ya no retornan al campo revolucionario.

Otra cosa es lo que ocurre en el seno de las masas, que pueden siempre apoyarse en su instinto para orientarse hacia posiciones radicales. Los trabajadores se vieron convertidos en cierto momento en masa electoral, pero acuciados por la miseria no tardaron en retornar a su eje revolucionario, se vieron obligados a diferenciarse políticamente con las direcciones burguesas tradicionales.

Las masas se han visto obligadas a repudiar a los partidos de izquierda proburgueses, a buscar su propio camino, a estructurar su propio partido político independiente, a encaminarse hacia la conquista del poder. En otras palabras, han retornado a la "Tesis de Pulacayo".

La evolución total de los explotados hacia el polo revolucionario se ve entorpecida por la presencia de la burocracia sindical, que esta vez actúa como instrumento de la política burguesa. La burocracia reaccionaria obstaculiza el fortalecimiento del partido político revolucionario y también el esfuerzo que hacen las masas por encaminarse más rápidamente a cumplir su misión histórica.

La lucha actual se da en condiciones políticas mucho más elevadas que las que imperaban en las jornadas de 1946, durante el sexenio rosquero o en 1952. La clase obrera ha logrado alcanzar un alto desarrollo de su conciencia de clase. Nuevamente el escenario político está libre de la presencia de partidos obreros que ayer oficiaban de "revolucionarios", todos ellos se encuentran confundidos con la burguesía. Estos factores permiten una libre y buena actuación del partido revolucionario (del POR), a condición de que no cometa gruesos errores tanto en el campo político como en el organizativo.

Como siempre, las primeras batallas se libran alrededor de reivindicaciones que tienen relación con las condiciones de vida y de trabajo y no con las grandes proclamas sobre las bondades del socialismo. El problema vital ahora es la lucha contra la miseria, contra el hambre; es en esta escuela que madurarán las masas y también el partido revolucionario.

La consigna central, que adquiere de inmediato enorme significación política, es la conquista inmediata del salario mínimo vital con escala móvil referida a los precios de los alimentos siempre en ascenso. La total incapacidad de la burguesía, su disgregación en el poder y la aguda crisis económica estructural que se vive, impiden que el gobierno burgués pueda satisfacer las demandas mínimas de las masas, que se refieren a la necesidad de poder contar todos los días con el correspondiente plato de comida. Esta realidad puede empujar a las masas explotadas a convencerse que no les queda más camino, si quieren sobrevivir, que el de expulsar del poder a la burguesía.

7

LUCHA CONTRA LA ESTATIZACIÓN DE LOS SINDICATOS Y LA DICTADURA GARCIMESISTA

La independencia política de las organizaciones sindicales con referencia al Estado -incluyendo al Estado obrero- es uno de los principios fundamentales para que puedan cumplir debidamente su papel de defensoras de los trabajadores y de canales de la actuación revolucionaria de éstos. La independencia de los sindicatos frente a todo Estado resume las enseñanzas de Lenin en este aspecto, Cuando las organizaciones laborales son convertidas en piezas del aparato estatal es progresiva su independencia. Es por esta razón que apoyamos al movimiento Solidaridad de Polonia, independientemente de la orientación ideológica y política de su alta dirección. La aparición en la China de tendencias que buscan la independencia sindical del Estado obrero degenerado es progresista, como lo son las tendencias anti burocráticas en la Unión Soviética.

En los países atrasados es dominante la corriente hacia la estatización de los sindicatos. El nacionalismo de contenido burgués de hoy es acentuadamente estatizante en materia sindical, aunque se muestre antiestatizante y liberaloide en materia económica, orientación que aparece inconfundible cuando, por

ejemplo, el Movimiento Nacionalista Revolucionario sostiene que se orientará a controlar a la Central Obrera Boliviana. El Estado fuerte (proponen la ADN, el MIR, el MNR) es tal si asimila o destruye a los sindicatos.

Los gobiernos burgueses, buscan lograr apoyo y paz social para la óptima ejecución de sus planes, pugnan por imponer la llamada tregua o concertación entre, las organizaciones obreras y el bloque patrono-estatal, que supone el control directo sobre los sindicatos. Esta política también se orienta hacia la estatización sindical.

Los gobiernos gorilas o fascistoides (Barrientos, Banzer, García Mesa) no solamente pugnar por controlar de manera directa y secante a los sindicatos, sino que, allí donde pudieron, sustituyeron a las organizaciones sindicales tradicionales por otras totalmente dependientes del aparato estatal. En el sindicalismo boliviano se conoce a los agentes de las dictaduras como "reestructuradores" y "relacionadores".

La consigna burguesa del "apoliticismo" fue, aprovechada por los dictadores para justificar su campaña en favor de la despolitización de las organizaciones laborales y que, en la práctica, no fue otra cosa que la destrucción del sindicalismo, cuya tradición revolucionaria viene de lejos.

La estatización que aparece brutal en las dictaduras fascistoides puede adquirir formas encubiertas bajo los gobiernos burgueses democratizantes. Hay sectores de los sindicatos que coadyuvan a imponer desde arriba la estatización, se trata de los más atrasados y particularmente de la burocracia, que contando con el apoyo gubernamental puede aumentar su poder sobre los obreros y acrecentar sus privilegios. La burocracia, casi de una manera natural, está dispuesta a cooperar estrechamente con el Estado porque parte del convencimiento de que el capitalismo en la atrasada Bolivia aún se encuentra en ascenso y puede permitir el cumplimiento de un amplísimo programa de reformas sociales. No hay por qué extrañarse que se empeñe por ingresar al seno del gobierno o convertirse en auxiliar en el manejo capitalista de las empresas, posturas que se concretizan en la cogestión y en el cogobierno de las direcciones sindicales con la burguesía. Este es uno de los caminos más cortos que conduce a la estatización.

Los trabajadores bolivianos tienen una larga experiencia en la lucha por la independencia de los sindicatos del Estado, lucha que adquirió contornos dramáticos durante las dictaduras gorilas de Barrientos, Banzer, García Mesa. A veces fue una sistemática resistencia al estatismo y con frecuencia se trocó en enfrentamientos abiertos. La independencia y unidad sindicales son valiosas tradiciones de nuestro movimiento obrero.

8

CONSECUENCIAS DE LA LUCHA POR LA DEMOCRATIZACIÓN

Hay dictaduras y dictaduras, y los explotados conscientes -que han superado las ilusiones democráticas- saben distinguirlas. Una dictadura, la del proletariado, permite el aprovechamiento a fondo de las garantías democráticas y también puede hacerlo, acaso en menor medida, una dictadura burguesa popular.

Nuestra clase obrera se ha estructurado en la escuela de gobiernos burgueses pretendidamente democráticos, pero elitistas y que se esmeraban en negar a las masas el acceso a las garantías constitucionales, y de los francamente dictatoriales y hasta fascistas. El balance de esta experiencia ha sido necesario para contribuir a la evolución de la clase.

La lucha por la vigencia de las garantías democráticas y porque sus beneficios se extiendan hasta el grueso de las masas, no puede menos que ser permanente. Pero, no hay que olvidar que la democracia burguesa o formal no se reduce a esto, quiere decir algo más. Supone -y esto es lo fundamental- que todos los problemas y las reformas sociales y de todo tipo encuentran su solución pacífica y gradualmente en el marco del legalismo, del parlamento. No pocos "izquierdistas" bolivianos se limitan a plantear la vigencia de determinadas garantías constitucionales partiendo del supuesto de que vivimos la etapa de la revolución democrático-burguesa, esto pese a la evidencia de que Bolivia forma parte de la economía mundial capitalista y de que el imperialismo atraviesa su período de desintegración. No puede haber

democracia formal al margen del desarrollo de las fuerzas productivas en el marco capitalista.

Al movimiento revolucionario le interesa defender las garantías democráticas y utilizarlas para organizar, politizar y movilizar a las masas, a la nación oprimida, hacia la revolución que destruirá la democracia burguesa e impondrá la democracia proletaria, cualitativamente diferente de aquella.

Durante las dictaduras de extrema derecha o fascistoides, los obreros luchan por defender, reconquistar e imponer las garantías de reunión, la libertad de pensamiento, la vigencia de la legislación social, etc., llegando a coincidir no pocas veces con las tendencias burguesas que también están empeñadas en "reconquistar la democracia formal".

Cuando los trabajadores participan en las elecciones con la esperanza de que depositando en la ánforas la papeleta multicolor y multisigno contribuirán a resolver sus problemas y también los nacionales, a través del Poder Ejecutivo y del parlamento, quiere decir que se han desplazado al campo de la burguesía, que se mueven por los canales de la política de esta clase social. Tal fenómeno se ha dado en nuestra historia una y otra vez. La experiencia y la teoría ayudarán a las masas a convencerse que dicho camino es errado, que con la papeleta electoral no se libertarán y ni siquiera podrán -en esta época de franca decadencia del capitalismo- ver satisfechas sus necesidades inmediatas. La lucha por mejores salarios, por formas de vida y de trabajo superiores, les obligará a retornar a su eje revolucionario, que es tal porque se proyecta hacia la conquista del poder político por el camino insurreccional. El proletariado se va formando como clase, va madurando políticamente, a través de las oscilaciones entre el campo burgués y el eje revolucionario. Hasta cierto punto este proceso es inevitable, sobre todo si se tiene en cuenta que los obreros han comenzado organizándose bajo la influencia de las avanzadas burguesas o se han movilizado tras las consignas del nacionalismo. Las derrotas, las masacres, las profundas depresiones, hacen refloatar viejas ideas y prejuicios (las ilusiones democráticas son un verdadero prejuicio impuesto por la clase dominante).

Durante la dictadura garciamesista los trabajadores se lanzaron a la lucha para reconquistar el derecho de sindicalización y repitieron las consignas lanzadas por los partidos burgueses democratizantes y por los "izquierdistas" ubicados en la misma línea. Virtualmente fue sellado un frente nacional contra la dictadura, en el que los políticos burgueses jugaron el papel de dirección y los trabajadores el de carne de cañón en las luchas que tuvieron lugar.

Los partidos de "izquierda" no sólo empujaron a los explotados hacia las trincheras burguesas, sino que ellos -y esto es lo fundamental- concluyeron identificándose con los objetivos de la burguesía y señalando como la meta de su actividad la preservación y perfeccionamiento de la democracia burguesa, precisamente, y que para encubrir su traición a los viejos objetivos que decían defender la llamaron "popular". La plena vigencia de la democracia es siempre popular y si con este término se pretende insinuar la existencia de la "democracia obrera", hay que recordar que antes tiene que triunfar la revolución protagonizada por la nación oprimida por el imperialismo bajo la dirección política del proletariado: perspectiva totalmente diferente a la democracia formal. La "izquierda" derechizada ofrece gato por liebre, la democracia burguesa como sinónimo de liberación de los explotados, como variante del gobierno obrero.

El paso de las masas por el campo democrático, por los gobiernos del enemigo de clase, inclusive por el cogobierno y la cogestión empresarial, forma parte de su experiencia, a veces necesaria para su madurez y formación como clase: esta experiencia se encuentra en la base de la evolución de su conciencia, que se potencia gracias a la mediación del marxismo como ciencia social. En este proceso juega un papel fundamental el instinto de clase; que es instinto comunista, lo que explica que, en cierto momento, los explotados retornan -esto una y otra vez- al polo revolucionario.

El partido es, sobre todas las cosas, conciencia, ideología y teoría, lo que determina que todo cambio de contenido de clase, de objetivos estratégicos, constituya para él algo definitivo, irreversible. El partido que convierte en su finalidad última la preservación del orden social burgués quiere decir que ha abandonado definitivamente el campo de la revolución. Los trabajadores que buscan la perspectiva de la destrucción del capitalismo se ven obligados a pasar por encima de los partidos de izquierda aburguesados, condición elemental de su independencia política, pues deben forjar su propio partido, diferente y opuesto a los burgueses.

Lo sucedido durante y después de la dictadura del gorila García Mesa demuestra que la lucha por la vigencia únicamente de la democracia formal se convierte en el mejor canal que puede conducir a la afirmación de la burguesía como caudillo nacional, de todos los explotados, y lleva a la frustración de los objetivos históricos o estratégicos del proletariado. La lucha en defensa de las reivindicaciones democráticas obliga a relieves la perspectiva revolucionaria y a fortalecer al partido del proletariado, medidas imprescindibles para no quedar atrapados y destruidos en el reformismo, en las redes del enemigo de clase.

9

LA EXPERIENCIA DEL GOBIERNO DE LA UDP

La burguesía caduca cuando tiene que hacer frente a las masas que protagonizan una situación revolucionaria recurre a los frentes populares y al fascismo para cerrarle al proletariado el camino hacia el poder. Al respecto, contamos en Bolivia con algunos ejemplos.

La Unidad Democrática y Popular (UDP), conformada por expresiones nacionalistas burguesas, como el MNRI silista -jugó el papel de eje fundamental aglutinados de numerosas tendencias políticas y de dirección del conglomerado-; por partidos y grupos izquierdistas con militancia obrera, como el Partido Comunista de Bolivia, los desgajamientos socialcristianos, etc. Lo que le imprime rasgos frentepopulistas a la Unidad Democrática y Popular es su dirección burguesa representada por el movimientismo-silista. La fuerza política de mayor importancia fue el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria, que en ese momento ya había recorrido gran parte del camino que le ha llevado desde las posiciones filo-foquismo a las posturas del nacionalismo de contenido burgués y estaba empeñado en asimilar a Hernán Siles para sus posiciones reformistas y pretendidamente "progresistas", actitud que repetirá con Paz Estenssoro.

El gobierno udepista fue un descalabro porque vanamente pretendió consumir la liberación nacional y la satisfacción de las necesidades en ascenso rápido de las masas -impulsadas por la crisis y la acelerada inflación monetaria-, al extremo de que al debutar ofreció conceder el salario mínimo vital con escala móvil, consigna que en ese momento dominaba en el ambiente sindical, todo en el marco de la sociedad capitalista democrática. El udepismo desde el Palacio de Gobierno se distinguió por sus medidas tibias, extremadamente titubeantes, en materia económica y social, lo que determinó que no pudiese resolver la acelerada inflación, contener la creciente paralización del aparato productivo y el aumento de la masa de desocupados, etc.; todo esto junto a una conducta corrupta. Pese a todas las declaraciones oficiales, el sometimiento al imperialismo y a sus organismos internacionales continuó y por momentos se agravó. La prometida liberación nacional quedó reducida a una simple declamación. La lección de la UDP enseña que la clase dominante en el plano político se ha agotado de manera total, sobre todo tratándose de la solución de los problemas nacionales y sociales extremadamente punzantes.

El gobierno udepista pudo contener por algún tiempo a las masas que ganaban las calles con el espectro de que se corría el riesgo de perder la democracia conquistada en dura lucha y alentar al golpismo gorila que asomaba en el horizonte. Durante las "jornadas de marzo" se comprobó que, finalmente, los explotados superaron la valla y expresaron su repudio a la democracia burguesa y le dijeron al silismo que se vaya a su casa por inútil.

La bancarrota udepista se reflejó -y aún se refleja- en la crisis ideológica y organizativa de los partidos reformistas y proburgueses de "izquierda", lo que, a su turno, permite el fortalecimiento del partido revolucionario del proletariado, es decir del marxleninismo-trotskyista.

El frente popular, el bloque de diversas tendencias políticas y clases bajo la dirección burguesa, conducen a la bancarrota y la frustración a las masas. En la etapa actual de decadencia del capitalismo ya no hay lugar para ambiciosos planes de reformas sociales.

Para los partidos reformistas y "socialistas" proburgueses la táctica maestra sigue siendo el frente popular, lo que prueba su inquebrantable decisión de continuar moviéndose en los límites de la política burguesa. Lo que en realidad buscan es conquistar simplemente un espacio en el escenario de la democracia formal y pegarse a todo precio al gobierno de la clase dominante, no en vano se empeñan tan tercamente por poner a salvo el régimen de la gran propiedad privada de los medios de producción. El reformismo y

el cretinismo parlamentario son inseparables de la defensa de los privilegios de los explotadores y del imperialismo colonialista. La evolución política de las masas no puede menos que ajustar cuentas con la inconducta de los "izquierdistas", como ya sucede en el país altiplánico.

El repudio a los reformistas se da entre nosotros de un modo particular y muestra los rasgos del acelerado proceso político. Cuando el "socialismo" reformista aparece fundido con la burocracia sindical, como la fuente de la que ésta se nutre de manera constante, las masas que repudian a los sirvientes políticos de la burguesía inicialmente dan las espaldas a las organizaciones laborales. Tratándose de la adoración de la democracia representativa formal por parte de los "izquierdistas" rechazados, los explotados se apartan más y más de sus direcciones políticas tradicionales y se rebelan sin tregua contra ellas.

10

SUPERACIÓN DE LAS ILUSIONES DEMOCRÁTICAS

Las masas que van agotando su experiencia dentro de la democracia formal y que concluyen repudiándola, comienzan engrosando la tendencia abstencionista en las sucesivas elecciones generales y municipales. Esta abstención en crecimiento tiene que entenderse en la Bolivia de hoy como una de las expresiones de la lucha contra el régimen social imperante, contra los gobiernos burgueses y no como simple indiferencia frente a los procesos electorales, como sucede en otras latitudes por múltiples razones. Después de la experiencia negativa de la Unidad Democrática y Popular, las masas han estado presentes en las calles, luchando sin tregua por lograr mejores condiciones de vida y de trabajo y es en medio de esta situación que se ha ido agigantando el abstencionismo electoral, como repulsa al engaño y farsa plebicitarias, es decir, al fundamento de la democracia formal.

La superación de las ilusiones democráticas significa que el hombre de la calle, los trabajadores, se han convencido de que la papeleta electoral no les permitirá libertarse y ni siquiera lograr la satisfacción de sus necesidades inmediatas. Importa el rechazo a la democracia formal -que no existe como tal en Bolivia y es sustituida por su caricatura-, al ordenamiento jurídico, en fin, al gobierno burgués.

Algunos "izquierdistas" plantean la peregrina "teoría" de que esa actitud de los trabajadores importa su despolitización, su aburguesamiento y la ayuda directa a la derecha porque -se dice- no votar contribuye a fortalecer a los partidos de la oligarquía. La verdad es que los trabajadores, partiendo de la dolorosa experiencia de las permanentes traiciones de parte de los "izquierdistas" y de los burócratas sindicales, no quieren saber nada de éstos y ya no están dispuestos a apuntalarlos.

Tiene que comprenderse que este fenómeno constituye un verdadero salto hacia adelante en la evolución política de los explotados, en el avance de su conciencia de clase. Lo primero que debe apuntarse es que ese repudio al democratismo parlamentario constituyó un fortalecimiento de la independencia política de las masas sojuzgadas.

Después del gobierno de la Unidad Democrática y Popular y de las elecciones que le siguieron, se ha ido perfilando y afirmando el repudio a la vía electoral, al cretinismo parlamentario, que -repetimos- debe entenderse como la apertura de la perspectiva de la conquista del poder por la nación oprimida. Este fenómeno aparece de manera inconfundible y masiva en las elecciones generales de 1989. De manera pública y a través de acciones multitudinarias los explotados expresaron las razones por las que se resistían a inscribirse en los registros electorales, a asistir al plebiscito y optarían por votar en blanco o con papeleta pifiada. En esta actitud de la mayoría nacional estaba presente, ni duda cabe, una gran dosis de espontaneismo. Como formaba parte de la propia lucha diaria, no tardó en proyectarse hacia la conquista del poder, hacia la insurrección.

Es preciso advertir que cuando se plantea la perspectiva insurreccional se la considera como el punto culminante de la situación revolucionaria, momento en el que el partido juega un papel decisivo.

Se puede concluir que en Bolivia está dada la madurez del factor económico u objetivo que plantea la revolución protagonizada por la nación oprimida acaudillada por el proletariado. Esa madurez nos es impuesta desde afuera, como consecuencia del hecho de que Bolivia, a pesar de su atraso y de su economía combinada, forma parte de la economía capitalista mundial en decadencia. Es evidente que no

podemos escapar a las consecuencias de la crisis económica desintegradora del imperialismo.

Al mismo tiempo, las masas maduran políticamente con rapidez -subjetivo de la revolución social- en su lucha cotidiana, para poder cumplir la gran tarea histórica de destrozar al capitalismo. Sabemos que la clase consciente -madurez subjetiva- es aquella que se organiza como partido político. La clave de la revolución radica en el Partido del proletariado, en el fortalecimiento del Partido Obrero Revolucionario, en su evolución que le permita ser la dirección revolucionaria -el Estado mayor- del ejército revolucionario de los explotados.

Se está retomando la línea política de Pulacayo y de la Asamblea Popular en condiciones muy superiores a las que imperaron a fines de 1946 y a mediados de 1971. Se puede concluir que ahora estamos más cerca de la conquista del poder, punto culminante del proceso revolucionario, que hace cuatro años o tres décadas. Lo apuntado no quiere decir que la tendencia hacia la insurrección -conquista del poder- no concluya frustrándose o trocándose en el comienzo de un período contrarrevolucionario, como consecuencia de la intervención de factores negativos que hoy no pueden preverse.